

Rafael Reig
SANGRE A BORBOTONES

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

RAFAEL REIG
SANGRE A BORBOTONES

TUSQUETS
EDITORES

1.ª edición: junio de 2021

© Rafael Reig Carriedo, 2002

Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-961-7
Depósito legal: B. 6.348-2021
Fotocomposición: Realización Tusquets Editores
Impresión y encuadernación: CPI Black Print
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Para poner fin a sus muchos sufrimientos, no sabía si abrazarle o descerrarle un tiro, como al caballo que se rompe una pata. Era viudo, su hija había desaparecido, tenía los cristales de las gafas empañados y su traje, nuevo, valía menos que llevarlo a la tintorería.

Por si no fuera suficiente, al cruzar las piernas, Leonardo Leontieff dejaba al descubierto una franja de pantorrilla lechosa, entre el calcetín y el pantalón.

Aquello era repulsivo, pero una poderosa atracción gravitatoria me impedía apartar la mirada.

—¿Es una adicta? —pregunté por fin.

—¡No, no, qué va! No es ninguna yonqui. Lo está dejando —mintió.

—Le creo, le creo —mentí a mi vez.

Quise hacerle una pregunta: ¿Para qué quiere encontrarla, señor Leontieff? Los dos sabíamos que, fuera de un Precinto, las autoridades no tardarían en localizarla y entonces la neutralizarían genéticamente en los laboratorios de Chopeitia. Es la ley.

Él habría querido hacerme también una pregunta: ¿Tiene usted hijos, señor Clot?

Sí, pero..., en fin, era complicado: dieciocho años y nunca había oído la voz de mi hija.

Como ninguno teníamos a mano una buena respuesta, nos miramos en silencio.

Mis honorarios (cien al día más gastos y quinientos por adelantado) no le impresionaron. Me entregó un fajo de billetes unidos por una goma ancha y nos despedimos con un apretón de manos.

Le dije lo que se dice siempre en estos casos, que encontraríamos a su hija, amigo Leontieff, que no se preocupara.

Conté el dinero: mil pavos. Saqué la botella de Loch Lomond del archivador. La guardaba en el cajón rotulado H-P, en la letra I. De «Imprescindible».

Solía serlo.

Me eché un buen trago y fue como sacar la cabeza de debajo del agua.

Era lunes, las once de la mañana y no estaba sobrio ni bien vestido, pero no me importaba que nadie lo supiera.

Llevábamos una temporada volando bajito. En aquella época aún compartía oficina y secretaria con Dixie Dickens-Lozano: tres habitaciones en la planta 13 de las Torres Colón y una morena casi sin tetas que siempre estaba enderezándose las costuras de las medias. Respondían a los nombres, respectivamente, de: *Dickens & Clot Ltd. Investigaciones* y Suzanne Koeb-

nick. En general, Dix hacía adulterios y yo me encargaba de las desapariciones. Suzie-Kay preparaba café, pasaba informes a máquina y de vez en cuando una escoba, y atendía el teléfono y a las visitas. A veces nos daba relevos en seguimientos complicados, realizaba vigilancias y obtenía información utilizando identidades ficticias.

Frente a mi ventana se alzaba la siniestra pirámide de Chopeitia Genomics, el edificio más alto de Europa y el mejor protegido del hemisferio.

Acodado en el alféizar, veía los veleros amarrados en el puerto y el transbordador de bicicletas que unía Génova con Goya. El Canal Castellana atravesaba la ciudad de norte a sur y ya se había convertido en la principal vía de comunicación entre el centro y el resto de la península. También era un lugar apropiado para depositar a los sabiondos, los entrometidos, los deudores y los bocazas, todos con sus correspondientes zapatos de cemento. La policía lo dragaba cada pocos meses, lo que resolvía aproximadamente la mitad de los casos de desapariciones que teníamos pendientes.

Aguas arriba se encontraban los puertos deportivos de los chalets de los Recintos, Aravaca, Pozuelo, Puerta de Hierro: viviendas blindadas y jardines con estanque, como la de Cristina y el vil valenciano, donde estaba mi hija.

Hacia el sur la ciudad latía como una herida infectada. Casi podía sentir la inflamación, la fiebre y el

olor a pus, dulce y deletéreo, brutal y embriagador como el de las orquídeas o el de la carne que se descompone.

Los días claros columbraba el muelle de carga de Puerto Atocha, las esqueléticas grúas y la sombra de la alambrada del primer Precinto, donde los adictos esperaban la muerte y trataban de entrar en calor quemando neumáticos.

Daban verdaderas ganas de beber: no digo más.

Aquel año había empezado con prodigios que vaticinaban acontecimientos decisivos. En enero el agua del Canal se tiñó de rojo, en la bóveda de San Francisco el Grande se asentó un enjambre de abejas, Chopeitia Genomics patentó las nuevas técnicas de modificación genética, hubo desbordamientos que anegaron Legazpi y Vallecas, además de una disminución en el número total de magistrados. Se registraron también otros fenómenos prodigiosos, abundantes pero inútiles: en febrero una mujer dio a luz un niño con uñas de gavián, aparecieron interferencias a la misma hora en todos los canales de la tele y cayeron rayos de tiniebla sobre los catorce distritos de la ciudad.

Después, como siempre, no pasó nada extraordinario, pero a mí me cambió la vida.

En marzo, al principio de la primavera, las chicas llevaban pantalones vaqueros muy anchos y muy cortos, por encima de los tobillos, calcetines de colores brillantes (rojos y azules), a veces con estampados (di-

bujos de Snoopy sobre fondo rosa o corazones rojos sobre blanco) y mocasines con los que intentaban adquirir una apariencia navegable. Los jerséis todavía se anudaban a la cintura o sobre los hombros y se veían algunos cinturones decorados con motivos geométricos. La principal actividad a la que se entregaban, a las siete y media de la tarde, cuando empezaba a soplar algo de viento, era la de permanecer agavilladas, en grupos bastante ruidosos, apoyadas contra el respaldo de los bancos.

Gasté el día en pesquisas inútiles recorriendo los circuitos, distribuí su foto entre crupieres y confidentes, dejé recado en mis puntos fijos y al caer la tarde aparecí por el María Auxiliadora Junior High, en la calle López de Hoyos, cuando sonaba el timbre para salir de clase.

Me puse a hacer preguntas. Lovaina no debía de ser una chica muy popular, porque no me costó gran esfuerzo localizar a sus únicas dos-mejores-amigas, Tiffany y Stephanie, dos espigadas niñas que se dirigían solas hacia la tapia de un descampado. Iban dando tumbos, cabizbajas, y se tapaban las manos con los puños del jersey de lana, como si tuvieran frío. Debían de ser adictas.

Las dos-mejores-amigas me abordaron.

—Dame cinco pavos y te la meneo a través del bolsillo —propuso Tiffany con una sonrisa que tal vez pretendiera ser lasciva.

A mí me daba lástima.

—Enséñame los brazos.

—Qué mal rollo, tío. Paso.

—Por diez yo te la chupo de rodillas —sugirió Stephie sacándome una lengua sucia y estropajosa.

—Os doy veinte a cada una si me contáis cosas de Lovaina Leontieff.

Aquí se volvieron recelosas y hurañas. No sabían nada de Lovy, hacía más de seis meses que no aparecía por allí. No tenía ningún novio. Sí, se picaba. Ellas no, qué va, nunca jamás, me lo podían jurar, ellas solo tomaban pastillas, inhalaban pegamento y masticaban hongos azules en las fiestas, igual que todo el mundo, ¿no? Ellas no hacían nada malo, lo juraban, lo tenían todo bajo control. No sabían quién era el crupier de Lovy, pero sí que muchas veces ella tenía que irse de repente, sin dar explicaciones, cogía el metro o un electrobús, no sabían hacia dónde, siempre iba sola. Eso era todo. Venga la pasta.

Extendieron las manos.

—A ver esos brazos —reclamé.

—Pasando —respondieron al unísono—. O sea: pasando.

Qué iba a hacer, les di el dinero y pedaleé de vuelta a la oficina.

En el vestíbulo, Suzie-Kay bebía de bruces en alguna de sus arcanas fuentes de *management*, administración de empresas o fusiones y adquisiciones.

—¿Le tomo al dictado, señor Clot? —Parecía impaciente.

—No, hija, déjalo. Otro rato.

El hormiguero artificial era el centro de gravedad del despacho de Dix, que estaba absorto frente al espejo, con una corbata a rayas verdes y rojas.

—Granaderos Reales.

—Mola.

Como de costumbre, intercalaba interminables carraspeos en su conversación.

—¿Que mola? ¿Mola? ¿Eso es todo lo que se te ocurre? Hhhhhmmmm. Tú no te das cuenta de las implicaciones éticas, ¿verdad? Ejem, ejem. ¿Hasta qué punto es lícito llevar la corbata de un regimiento al que no se ha pertenecido nunca?

—Solo en caso de extrema necesidad, me refería.

—¡Ahí te voy, Charles, ahí te voy!

A pesar de su altura, Dix era de una elegancia tan refinada que solía pasar inadvertido. Tenía la sonrisa triste, nariz aquilina y un flequillo que le tapaba los ojos. Algunas veces soplaba hacia arriba para apartarlo y entonces miraba perplejo la realidad, de la que parecía haber abdicado, como si ya solo le interesaran tres o cuatro cosas contadas: los buenos modales, la vida de las hormigas y el Glenlivet.

Cuando se dejó caer sobre el sillón temí que fuera a descuajeringarse. Sentado, las rodillas le llegaban a la altura del pecho.

—Mmmhhhh..., ejem, ejem... Carlos, uuuhm..., perdona, pero... ¡ese cinturón!

—¿Qué cinturón? —dirigí la vista hacia mi abultada barriga—. Lo siento, Dix.

Comprobé las llamadas, me terminé el Loch Lomond y cogí el fedora del perchero.

Llevaba el traje azul mil rayas de poliéster, camisa verde de manga corta, corbata color yema de huevo y zapatos marrones de rejilla, pero con suela de goma, lo mejor para recorrer largas distancias.

En la chaqueta tenía un par de lamparones y el acrílico de la corbata brillaba como el barniz de esas láminas de calendario enmarcadas.

Era verdad: otra vez me había olvidado de ponerme el cinturón.

En realidad, a mí me daba lo mismo. Lo hacía por Dix. Era mi amigo.

Al menos mi fedora todavía era un sombrero portable.

En las aceras, las escolares se tocaban unas a otras. Estas se cogían de las manos; aquellas se quitaban la mochila igual que los tirantes del sujetador; la mayoría llevaba carpetas apretadas contra el pecho y todas parecían nerviosas, como los pájaros que echan a volar cuando se hace de noche.

Mi hija tenía su edad.

Pensé que iba siendo hora de volver a casa.